La ejecución



Capitulo I

Había pasado casi toda la noche boca arriba mirando el techo de la celda, tendido sobre un duro camastro maloliente y desvencijado.
Trataba dibujar con la imaginación una ventana en la descolorida y mohosa pintura a la cal de la pared, una tan real que le permitiese salir y alejarse de ese interminable suplicio.
Cerró los ojos intentando dormir, pero la necesidad de sentir que aún continuaba vivo era mayor y se mantuvo despierto.
Las imágenes retenidas en su memoria de sonidos lejanos, playas que nunca podría caminar, aromas de campos que no volvería a recorrer lo atormentaban, recordándole cruelmente que ellos seguirían estando allí, aún cuando él haya partido para siempre.

Tomó su cara con ambas manos e intentó llorar; no pudo. Supuso que aquel lugar donde las lágrimas se formaban estaría tan seco como su alma, y se lamentó por ello.

“No me queda ni el consuelo del llanto” –Pensó

Miró su reloj con temor de hacerlo, eran las tres de la mañana, quedaban cuatro horas.

“¿Cómo será ese momento, podré soportarlo, me daré cuenta cuando todo haya terminado? “ – Respiró profundamente y hundió su cabeza en la almohada sin funda.

“Mañana seré solo un recuerdo, nadie preguntará por mi” –Y unas inesperadas lágrimas aparecieron en sus ojos.

El silencio lo invadió y el diálogo mudo que mantenía con lo invisible pasó a ser un parloteo en su interior.

“Que terrible es esperar por lo que no se desea esperar; que inmensa se vuelve la soledad y el miedo cuando no hay alguien que comparta el mismo temor. No sé si duele más el abandono o saber que todo terminará para mí dentro de una horas” –Sollozó en silencio.

La ventana que había creado de pronto se abrió en pares, una brisa fresca con olor a lavanda ingresó para perfumar la hediondez del sucio calabozo, corrió hacia ella y saltó sintiendo bajo sus pies la suavidad del pasto húmedo.

Anduvo enloquecidamente con los brazos abiertos, como si en esas brazadas juntase manojos de la libertad tan ansiada; desde la distancia veía la prisión cada vez más pequeña.

Cayó varias veces en su corrida, rió al ver su ropa húmeda por el rocío y teñida de verde por la clorofila del pasto; comprendió que la libertad también poseía aromas.

Tenía al frente un pequeño monte de álamos para sortear. Pasó estrechamente entre sus tupidos troncos, allí la luz del sol casi no ingresaba por la densidad de sus follajes, atravesó la última de las hileras de árboles cuando lo sorprendió algo inesperado: Un muro de ladrillos tan alto como los mismos álamos en una extensión que iba más allá de su vista detuvo su marcha.

Cerró sus ojos en señal de angustia y cuando los abrió, otra vez tenía frente a sí la mugrosa pared y el duro camastro. Había despertado del mejor de sus sueños.

Volvió a observar su reloj…ya era casi la hora. Se asomó a la reja de la celda en el preciso instante que desde el fondo del pasillo llegaban ruidos de pasos…muchos pasos juntos y voces acercándose.

Se tomó las manos, miró hacia arriba tratando de hallar el cielo pero solo encontró suciedad; las voces se confundían entre sí…ruido de llaves, de tacos golpeando el piso en actitud marcial.

-¡Ya vienen por mi! –Lo asaltó el terror

Se presentaron en la puerta de la celda seis personas; cuatro portaban fusiles, otra un sacerdote con una Biblia en la mano. La sexta, que parecía ser el oficial a cargo se dirigió a él con voz firme y terminante.

-¡Es la hora, prepárese!

¿Así simplemente debe acabar todo para mi hoy? Es la hora… y se termina. –Pensó

La puerta se abrió con ruido de goznes herrumbrados, y dejando caer desde los pesados cerrojos un metálico sonido cuyo eco fue y volvió por el silencioso pasillo.

Uno de los guardias colocó grilletes con cadenas en sus manos y pies; lo abordó una sensación de angustia primero y resignación después.

Había comenzado el camino hacia el patíbulo sin sacar su mirada del piso; buenos y malos recuerdos acudían a su memoria a lo largo del trayecto; juegos y risas de niños alegres corriendo por calles empedradas tras algún perro vagabundo.

Recordó a sus padres, y cuanto dolor les había causado el día que fue encerrado; se sintió responsable de sus muertes y entonces pensó que quizás merecía este castigo.

Pero aún así, la vida era más fuerte y lo llamaba a continuar con ella; pidió clemencia, gimió, sollozó…en vano.

Inmutables a su padecimiento los guardias llegaron al lugar de la ejecución y se ubicaron formando una fila, distante unos diez metros de una pared delante de la cual un robusto poste se hallaba firmemente sujeto al suelo.

Por si misma la imagen ya provocaba escalofríos, revelando rastros de sangre seca en la base del palo.

Entre tres guardias lo arrastraron hasta él, pasaron sus brazos por detrás y allí volvieron a colocar las amarras en sus manos.

Cerró sus ojos como para apartarse de la realidad que lo rodeaba, tratando de liberarse al menos en sus pensamientos de lo que vendría.

-¿Hoy tengo que morir…con éste día tan soleado y un cielo tan limpio? –Pensaba mientras sus ojos se mantenían cerrados.

Súbitamente su olfato distinguió un olor ácido, sucio. Una capucha negra cubrió su cabeza por completo, ahora su angustia sería mayor. ¿Qué estaba pasando mientras el no veía?

Oyó que los pasos se alejaban de él, la voz del cura relatando un salmo de la Biblia le hizo correr un temblor aún más frío por la espina dorsal; el momento había llegado.

-¡Atención…preparen! –Ordenó a viva voz el oficial al mando.

¡Voy a morir…! –Sollozó bajo la mugrosa capucha.

Un metálico y grupal sonido de armas cargándose ocupó el espacio.

-¡Apunten! –Nuevamente ordenó el oficial.

Aún con la capucha oscura sobre su cabeza cerró con fuerza sus ojos, apretó los dientes. La mente se puso en blanco, el temor fue sustituido por la ansiedad de esperar la llegada de ese proyectil golpeando y desgarrando su cuerpo, que finalmente le quitaría su vida. Fueron interminables segundos de angustia hasta que el silencio se quebró por la voz de mando que ordenó disparar las armas.

Tras el estruendo llegó un intenso ardor en su pecho, y el calor de su propia sangre corriendo a borbotones debajo de su camisa. Hondamente insoportable de dolor; alcanzó en su último respiro a percibir el acre olor a pólvora remanente en el aire, mientras sus rodillas se quebraban al no poder soportar más su peso. La cabeza cayó hacia adelante y sus brazos increíblemente deformados y tensos por la posición lo sostenían contra el poste.
Después… el cuerpo laxo, volátil, inmaterial…un eterno silencio lo alcanzó.

♣

Capitulo II

Muy lejos de ese lugar, alguien en su cama despertaba bruscamente, sudoroso y agitado, con el corazón latiendo aceleradamente.
A su lado una mujer sobresaltada, vestida con ropas de enfermera, luchaba por destrabarle los brazos del laberinto de cables y sensores a los cuales estaba conectado trasmitiendo señales a varios monitores, ubicados en abanico sobre la cabecera de la camilla donde se hallaba.

-¡Cálmese…cálmese! –Atinó solo a decir mientras sostenía una de las agujas colocadas a modo de vía en su brazo izquierdo evitando que se lastime.

El sujeto seguía sentado sobre la camilla, respirando forzadamente, sus ojos se mantenían perdidos en el espacio.

La enfermera gritó desesperadamente pidiendo ayuda, y al cabo de unos segundos se presentó un médico, luego otro…y otro más.

-¡Es imposible…es imposible! –Con la boca desmesuradamente abierta exclamó el primero en ingresar a la sala.

-¿Quiénes son ustedes? –Balbuceando ininteligible habló el sujeto que acababa de despertar tras un profundo coma de ocho años.

Los médicos continuaban realizando interminables chequeos, observaciones, muestras de sangre y una rutina de protocolos, mirándose entre sí con gesto del más absoluto asombro.

-¿Puede hablar y reconocer dónde se encuentra? –Le preguntó el que parecía ser más antiguo de los médicos.

-¡Por supuesto que sí –Dijo con voz un poco más clara- en un hospital o alguna clínica! ¿Pero como llegué hasta acá?

Al cabo de un largo rato de difíciles explicaciones, le narraron la historia de su cuadro clínico, y como había permanecido en un estado de coma todo ese tiempo.
El sujeto mientras escuchaba con atención y haciendo gestos de no entender, negaba incesantemente con movimientos de su cabeza durante el relato, mirando todo a su alrededor con gestos de extrañeza.

-¿Estoy vivo aún? –Tímidamente se animó a preguntar

-En todo momento lo estuvo. –Respondió el más joven del grupo.

Se hizo un hondo silencio que solo fue quebrado por el llanto confundido del sujeto.

-¡No puedo justificar como, pero en algún lugar, por motivos que puedo exponer claramente, hoy me han fusilado dentro de un penal; luego aparecí aquí! –Dijo, sin recibir respuesta.

Los médicos volvieron a juntar sus miradas y en un tácito acuerdo salieron del recinto, a excepción del mayor de ellos que en actitud paternal se acomodó en una silla en la cabecera de la camilla.

-Es muy difícil después de ocho años de estar ausente que puedas comprender que ha pasado; incluso nosotros mismos aún no tenemos una definición racional para explicar que sucedió. –Dijo el médico mientras palmeaba su cabeza y comenzaba a retirarse.

Quedó mirando hacia el techo, esta vez uno muy distinto al que había temido tanto. Cerró sus ojos y las imágenes de la ejecución volvían interminablemente a su memoria para aumentar su angustia.
De a poco se fue calmando, la respiración se hizo más lenta y espaciada, sus músculos se relajaron y un profundo sueño lo alcanzó en plenitud. Voló a través de la ventana imaginaria por la que hubo escapado en otro sueño, se maravilló con la vista de los campos desde arriba, tan verdes, tan llenos de paz.

Dentro de esa grandiosa sensación de plenitud se sintió por un momento feliz. – ¡Estoy volando! –Dijo en sus sueños.

Los verdes y apacibles campos imprevistamente se volvieron grises, del color del acero y el hormigón; las blancas y armoniosas nubes que lo acompañaban se tornaron oscuras y tormentosas, relámpagos amenazantes y truenos ensordecedores lo devolvieron a la realidad.
De nuevo se despertó sobresaltado, extrañas voces provenientes de algún recóndito lugar, aumentaban su intensidad sonora. Aterradores ruidos conocidos destrozaban sus oídos llenándolo de temor.

-¡Es la hora, prepárese! –Estallando en su cabeza sonó ésta voz, los grilletes y cadenas estaban frente a él como antes.

-¡No…no puede ser!… ¿Dónde están los médicos, la enfermera?

-¿Qué está diciendo? ¡Colóquenle los grilletes al preso! –Ordenó con voz de mando el oficial a cargo del pelotón.

El camino al patíbulo volvió a ser transitado, idénticos pasos realizados en algún tiempo anterior, similares imágenes de reclusos estirando sus brazos a través de los barrotes para saludarlo y consolarlo iban completando su pavoroso paso.

-¡Es un error…es un error! –En vano gritó

Reaparecían los terrores más intensos; el amarre al poste, la sucia capucha, el agudo dolor en el pecho y el acre olor a pólvora que aún no había logrado apartar de su recuerdo.
El instante previo a que su pecho sea atravesado por un proyectil se hizo insoportablemente dilatado, como si el tiempo disfrutase también con sus miedos.

-¡Fuego! –Ordenó el oficial

Otra vez el ardor agudo, quemante sobre el pecho, la sangre caliente surgiendo como un manantial de la herida abierta; sus piernas volvieron a ser tan débiles que su cuerpo se arqueó hacia adelante solamente sostenido por los amarres posteriores en sus manos.
Se renovaba la fatal imagen coloreada por el carmín de la sangre seca sobre la tierra; pasos alejándose y el silencio permanente se repetían.

Y como una burla de la monstruosa danza del tiempo, entre idas y vueltas en dos dimensiones desconocidas, volvió a quedar mirando el techo de un hospital rodeado de gente que le hablaba de cosas que creyó no haber vivido jamás.
Un ciclo de horrores lo acompañaba en su confusión, disfrazando lo demencial con un tono de realidad capaz de hacerle vivir cada situación como auténtica.
Quizás fuese esa la verdadera ejecución a la que estaba siendo sometido; una de mayor dolor que la bala desgarrando sus costillas y quemándole la carne. Esa de vivir

eternamente entre la locura y el miedo a la muerte, saltando entre estados distintos de un tiempo que nunca llegaría a descubrir.

FIN